

---

---

## **Indígenas e identidad en México: reflexión acerca de la migración y de la etnicidad en Tarecuato, Michoacán**

Philippe Schaffhauser  
*Université de Perpignan*

### *Introducción*

A partir de un tema tan novedoso (sobre todo en lo que atañe a las consecuencias del nuevo orden mundial) y tan añejo (volviendo a las más genuinas preguntas del hombre) como es el problema de la identidad, quisiera poner énfasis sobre algunos aspectos que envuelven esta problemática en el campo de la sociología y en el marco del indigenismo mexicano. Puede parecer asombroso que la sociología pueda tener intereses en la etnicidad; sin embargo, cabe recordar el proceso de migración interdisciplinario en las ciencias sociales, ya que la etnología se volvió en parte urbana o empresarial (se concreta en EU o en Europa, con etnólogos y antropólogos que estudian la “etnia obrera”) y la sociología, a través del tema del desarrollo, pretende estudiar las dimensiones sociales de los grupos étnicos, actores y/o víctimas de dicho proceso, y dejando de lado los matrimonios circunstanciales y a veces fructíferos entre las ramas de dichas disciplinas.

Con esta modesta contribución se pretende aportar algunos elementos para la reflexión acerca de la identidad en el ámbito de la etnicidad y, más allá de este empeño, proponer nuevas acepciones para entender la identidad desde el punto de vista sociológico. Cabe recordar que este último propósito constituye el reto que me propuse lograr a través de una investigación (tesis de doctorado) acerca de la

expresión artesanal, es decir, su evolución a lo largo de la historia nacional y sus impactos en la construcción de la identidad entre los p'urhépecha(s) de la Meseta. No obstante, para dar más apertura a esta reflexión, quisiera abordar un tema que aparentemente<sup>1</sup> no tiene nada que ver con mi quehacer universitario, a saber, el impacto de los movimientos migratorios hacia el vecino país en la construcción de la identidad p'urhépecha. Por ello, me referiré a un estudio de caso: la migración de una parte de la población juvenil de la comunidad p'urhépecha de Tarecuato al condado de Los Ángeles. Durante el curso de dos años (1989-1991), nos abocamos a una investigación sobre el problema de la migración en dicha población;<sup>2</sup> sin embargo, aquí se trata de recalcar algunos aspectos que nos permiten preguntarnos acerca del antiguo-nuevo problema de la identidad.

### *Tarecuato, la migración y su identidad*

Tarecuato es una comunidad p'urhépecha dependiente del municipio de Santiago Tangamandapio y que se encuentra en la orilla oeste de la subregión étnica de Michoacán conocida como la Meseta p'urhépecha. Este dato geográfico nos da un primer elemento que favorece nuestra reflexión, ya que la mayoría de los lugareños se sienten p'urhépecha(s), a pesar de la lejanía del centro geográfico-cultural vernáculo, pese a la cercanía de Zamora y del posible bombardeo de la cultura llamada dominante o aculturante, pese a su enclave en el punto intermedio entre Zamora y los Reyes, centros económicos importantes de esta parte del estado, y pese, por su posición de puesto avanzado p'urhépecha en tierra extraña, a estar rodeado por comunidades y pueblos mestizos, salvo en el caso de la Cantera.<sup>3</sup>

Bajo este rubro, hay que recordar la tradición comercial que desarrolló la comunidad en el ocaso de la colonia española y la continua voluntad de sus habitantes de mantener vivas sus costumbres, sus tradiciones y su idioma. Desde el recuerdo comunitario más antiguo, la gente tuvo que salir en pos de trabajo y de recursos adicionales para resolver el problema de la pobreza en la que siempre se ha encontrado la aldea. A partir de este problema, no resulta-

ría asombroso construir una pasarela evidencial (como por ejemplo la economía del movimiento o en movimiento) entre esas migraciones y la migración que se está dando a los Estados Unidos. Es aproximadamente a partir de la década de los treinta que se inició este proceso que aqueja y/o beneficia a la comunidad.

Después de este breve planteamiento, quedan dudas para determinar qué tipo de proceso identitario está viviendo la comunidad: ¿transformación y reconstrucción de la identidad comunitaria a partir del acervo cultural compartido por la mayoría, o está condenada tarde o temprano a transformar su identidad hasta volverla mestiza? Es cierto que en Tarecuato los niños suelen jugar en los callejones de la comuna hablándose entre sí en p'urhé. También se mantiene vivo hasta hoy día el sistema de los cargos, que brinda un sentido comunitario profundo con el que se identifica el lugareño. La celebración de la fiesta del *Corpus Christi* nos hunde en una cultura peculiar, donde elementos prehispánicos e ibéricos nos permiten medir la importancia de la identidad colectiva que suele estructurar los ademanes cotidianos de la población de Tarecuato.

Sin embargo, en la celebración de esta fiesta religiosa y cultural afloran ciertas amenazas que se ciernen sobre esta supuesta armonía; para ciertos migrantes (quizá los que lograron éxitos acullá) la inversión festiva y votiva se considera un despilfarro comunitario y atestigua el atraso de las mentalidades para salir de la pobreza puesto que impide proyectos productivos en beneficio de la comunidad. Es asombroso pensar que, entre los p'urhépecha, tal proyecto de creación de actividades productivas, alentar fuentes de empleos y de ganancias para las comunidades, fue contemplado e implementado por el gobierno federal, a través del PRONASOL; quizás quiere decir que la identidad o el proceso de identificación en este grupo étnico los orilla solamente a la dimensión cultural, y deja de lado otros tipos de identificación como son el lugar del individuo y del grupo en el escalafón social, o los intereses económicos que conllevan ciertas categorías sociales de dicha etnia. Hoy en día podemos considerar de la misma manera a un profesionista, a un migrante o a un campesino, ya que la confluencia de identidad toca el universo de la cultura vernácula, ocultando los intereses de grupo que agobian a la etnia en tantos conflictos respecto a la tenencia de la tierra o en el

aprovechamiento del recurso natural (el bosque). A partir de ahí, los diagnósticos del antropólogo y del sociólogo acerca de la tonicidad de la identidad p'urhépecha pueden ser opuestos, puesto que al mismo tiempo se fortalece la cultura p'urhépecha y se desmoronan sus bases, con las cuales se identifica el miembro de la comunidad.

La migración tarecuatense al condado de Los Ángeles nos dio a conocer la existencia de un desfase cultural, debido tal vez al ámbito extraño en el que se mueve el migrante oriundo de esta comunidad; además, se percibe un doble proceso de dominio, ya que aquél sufre los efectos atractivos y rechazables de la cultura WASP (*White Anglo Saxon Protestant*), es decir, el consumir, el ser considerado como marginado, invasor, delincuente y atrasado por capas de la sociedad anglosajona. Asimismo, la presencia de una "importante minoría" (plagiando a Octavio Paz) latina en aquel lugar crea una cadena adicional al proceso de dominio cultural, puesto que los jóvenes a quienes investigamos dejan de seguir forzosamente prácticas sociales que les enseñaron sus padres.

Así, el habla p'urhépecha se encuentra reprimida, dado que, al compartir la renta con muchachos procedentes de Zamora y de sus alrededores, no podían hablar el p'urhé. El ritmo de trabajo acompasado por los horarios de la labor cotidiana perjudica la celebración y la reproducción de las fiestas, las visitas entre los mismos paisanos; los más afortunados pueden, de cuando en cuando, regresar a Tarecuato con motivo de una fiesta o para visitar a sus familiares. Desde luego que estas observaciones valen para el caso estudiado, ya que no se puede comparar la migración hacia zonas urbanas y la que se realiza en el campo, e incluso en el caso del medio urbano, otros estudios arrojaron procesos de difusión, de fortalecimiento y de reproducción de las formas culturales vernáculas. Al estudiar el comportamiento del migrante de Tarecuato en Los Ángeles, no quiero decir que el individuo se vuelve repentinamente amnésico de su cultura, sino que difícilmente hay lugares propicios para la expresión de ésta.

Volviendo al tema de la difusión de las culturas étnicas en los EU e inclusive en la permanencia del sentir vernáculo entre capas de migrantes, es interesante dar cuenta del desfase que puede existir entre la expresión de la identidad p'urhépecha hacia afuera y la

expresión de la misma hacia la comunidad. A su retorno, el migrante busca imprescindiblemente enseñar a sus paisanos signos externos del éxito social logrado allende la frontera; o bien, en la convivencia con sus compatriotas culturales, trata de esconder su identidad y la sustituye con rasgos ajenos: términos ingleses que se mezclan con el español, demuestran pocas ganas de hablar p'urhé, responden en español cuando se les pregunta en vernáculo, etc. En cambio, cuando están en EU surge una extraña honra juvenil por afirmar ante el extraño su procedencia.

Por otro lado, el indígena p'urhépecha en Michoacán, cuando está fuera de su entorno cultural, tiene que esconder su sentir identitario y comportarse como si fuera únicamente mexicano o, cuando mucho, mexicano folklórico; en este caso la expresión de la identidad revela dos esferas distintas: la primera es su faceta oculta y la segunda su faceta manifiesta. Esto quiere decir que el indígena en su hogar es indígena por sí mismo, en su sentir, en su pensar, en su hablar y, fuera de la presión externa también, pero bajo el peso del dominio se comporta como el que quisiéramos que fuera. Quizá la migración hacia zonas urbanas nacionales o extranjeras pueda romper con este esquema seglar, siempre y cuando se presenten condiciones sociales propicias para que se difunda aquel sentir étnico.

En los proyectos de retorno a Michoacán, parece aflorar una tendencia en el sentido de que los muchachos entrevistados proyectan su re-instalación fuera de Tarecuato, basando sus motivos en la pobreza y el atraso de la comuna y en la posibilidad de hacerse rico en Zamora o en Jacona; esos anhelos conducen al migrante a una segunda migración cuando vence su plazo de trabajador internacional. Quizá para dar sentido a dicho fenómeno, los migrantes exitosos tarecuatenses se vuelven mexicanos fuera de la nación y conservan rasgos étnicos (comidas, forma de matrimonio, etc.), como lo plantea G. Bonfil Batalla<sup>4</sup> cuando nos habla de la sobrevivencia de la etnicidad entre gente mestiza. Por lo menos es una hipótesis que tendríamos que comprobar.

Por otro lado, si la comunidad de Tarecuato contaba en el pasado con un amplio abanico de estrategias económicas vinculadas a movimientos migratorios y supo mantener su identidad, pese al proceso de aculturación, y permitió también que se diera la migra-

ción a los EU, parece que paulatinamente esa solución económica llama más la atención de las nuevas generaciones varoniles; hoy día no es preciso preguntar a los muchachos de la comuna para darse cuenta pronto de la importancia de este fenómeno de atracción que para aquéllos no conlleva desgarró emocional y cultural, sino que les brinda la única salida posible a su pobreza, aunque sean pocos lo que logran éxitos tras estancias o temporadas prolongadas en la Unión Americana. Además, muchos viven la migración a California como si fuera la única o la última oportunidad de lograr un ascenso social relámpago.

No obstante, en numerosos casos la expresión juvenil forjada mal que bien allá, está amordazada cuando se trata de cumplir compromisos familiares y comunitarios tras años de ida y venida entre el allende y el aquende. Tarde o temprano, los jóvenes que fueron migrantes, muchachos rebeldes que dejaron de acatar el orden consuetudinario de la comunidad, vuelven a tener un lugar en ella cuando se casan, cuando se implican en la vida comunitaria, cuando los extraños los consideran como p'urhépecha(s), cuando se ponen a hablar p'urhé, cuando se celebra una fiesta, cuando cooperan en los gastos festivos, o, incluso, cuando en ciertos casos militan en la causa p'urhépecha.

De hecho, hay que tener en mente una idea importante: la identidad, en sociología, se tiene que considerar a partir de los procesos que transforman sus ídoles, los carices peculiares que permiten a un grupo social sentirse homogéneo. El etnocidio no significa la pérdida de la identidad sino la transformación del contenido identitario; destruye los vínculos del hombre con su entorno cultural y relacional, pero el grupo o el individuo siguen existiendo. El reto que supone la identidad consiste en su propia gestión, es decir, lograr un control sobre el cambio a partir de la cosmogonía propia del grupo étnico considerado; esta gestión no se refiere únicamente a un compartir cultural, sino que es cuestión de abarcar todas las manifestaciones sociales entre las cuales el grupo finca su historia.

## *Conclusión*

A partir de todo lo anterior y respecto al proceso migratorio de gente de Tarecuato hacia los Estados Unidos, cabe señalar una primera hipótesis que atañe a la etnicidad p'urhépecha. Esta etnia consta de más de 60,000 individuos (censo de 1990) y no es lo mismo hablar de la etnicidad entre los p'urhépecha(s) que entre los pimas de Chihuahua o los lacandones, que suman unos pocos centenares de hablantes.

Los avances en el sistema educativo, migración, comercio y diversidad de oficios permitieron que afloraran capas sociales, cuyos papeles rebasan la dimensión de la cultura y tocan las dimensiones de la economía de lo social. Quizá no se puede negar la permanencia de una acérrima identificación de los p'urhépecha(s) a su cultura, como si formaran parte de una nación dentro de otra nación; sin embargo, no se puede comparar un p'urhépecha oriundo de la Cañada de los Once Pueblos con su compatriota cultural que radica en la Meseta o en la zona lacustre de Pátzcuaro, o, cuando menos, se podría hacer la comparación si se tratara de gente que cuenta con los mismos ingresos económicos.

Tal vez hoy en día la militancia p'urhépecha en favor de la preservación de su cultura agrupa a las capas más adineradas de la etnia; a saber, los que tienen tiempo y recursos económicos suficientes para dedicarse a este valioso quehacer. Mientras tanto, otros luchan diariamente contra la pobreza, quizá dispuestos a sacrificar su cultura en aras de su mejoría socio-económica. No es fácil reivindicar su etnicidad bajo el peso del dominio seglar, de la marginación, del atraso socio-económico, cuando aquel grupo no dispone de la prosperidad suficiente para gestionar su porvenir cultural.

Sin embargo, para no quedarnos con una visión pesimista, con un futuro dictaminado de antemano (la desaparición de la etnicidad), es posible que, por otro lado, el antropólogo o el sociólogo se queden en el andén de la estación mientras el tren de la historia p'urhépecha arrancó; esto es, que, pese a ciertas cautelas, vemos a la cultura p'urhépecha desde su pasado y no aceptamos ver un p'urhépecha, recién llegado del Norte, oyendo con sus audífonos a Madonna, en

vez de *pirekuas* o abajeños de la comarca; en sentido opuesto a la teoría de P. Bourdieu sobre la distinción social, es decir, la imprescindible búsqueda social hacia los valores que portan las capas situadas más arriba en el escalafón social, los grupos étnicos, y en particular los p'urhépecha, lograron mantener su cohesión interna al retomar (proceso sincrético) valores residuales dejados por la sociedad histórica mexicana (como la primacía del campesinado entre la etnia, mientras México se convirtió en un país mayoritariamente urbano), que les permiten escudar su identidad frente al resto de la sociedad y afirmar su diferencia, aunque ésta se vislumbre por el lado de la pobreza y de la marginación. A partir de ahí, importa menos defender el contenido cultural de la identidad p'urhépecha que buscar siempre mantener vigente una diferencia con el entorno ajeno. Conozco jóvenes que se consideran p'urhépecha sin hablar el vernáculo: su resistencia y su diferencia lingüística ante los demás transitan por los senderos del modismo, del albur local.

Me inclino a pensar que es la dirección por donde se encaminan los p'urhépecha, y, en el caso de la migración hacia los EU, la identidad p'urhépecha en Tarecuato saca provecho de los nuevos aportes, más allá del discurso reiterativo y estéril sobre la enajenación del indio en México. ¿Queremos que los p'urhépecha permanezcan en un santuario (llamado “reservas” en EU y no “tierra de refugio”, según el concepto de Aguirre Beltrán), desconectados del mundo o, mal que bien, dar a estos grupos, a partir de su propia gestión, oportunidades de superación y un lugar nuevo en la sociedad? A la par, esta pregunta constituye el verdadero desafío de la identidad étnica en México y en el mundo: la ex-URSS, Nicaragua, Sri Lanka, India, España, Francia, Irlanda del Norte, Perú, Guatemala, Malasia, Tíbet, Argelia, Etiopía, Medio Oriente, Afganistán, ex-Yugoslavia, o bien, en formas más pacíficas, Australia y Nueva Zelanda, forman una larga lista de países que suelen enfrentarse a este problema.

## Notas

1. Aparentemente, ya que con un investigador de la ENAH, Ramón Martínez, presentamos un proyecto de investigación acerca de la relación

cultura-migración en los Estados Unidos, a partir del conocimiento de las artesanías vernáculas en Michoacán.

2. Pavageau Jean, Philippe Schaffhauser. *Pratiques de mobilité et transformations de la vie sociale au Mexique*, Ministère de la Recherche et de la Technologie, abril de 1992.
3. El poblamiento de la Cantera se llevó a cabo con la migración de parte de la población de Tarecuato.
4. Véase Bonfil Batalla, Guillermo. *México profundo, una civilización negada*, Ed. Grijalbo, 1989.